

Necesitamos "otra Iglesia"

Nota previa: Este tema, por exigencias de lo que en él se trata de explicar, está redactado manejando unas ideas y hasta un lenguaje que, en no pocos momentos, está lejos de ser sencillamente "popular". No ha habido más remedio que hacerlo así. El lector lo entenderá enseguida.

Ya nadie pone en duda que la Iglesia está perdiendo a muchos de sus fieles. Y lo peor, es ya demasiada la gente que ni le hace caso a la Iglesia, ni le interesa lo que diga el cura, el obispo, el Papa o un concilio entero que se pueda reunir. La cosa se ha puesto tan mal, que hay quienes se preguntan en serio si esta Iglesia tiene arreglo. O si, por el contrario, está condenada a ir quedando reducida a una secta, a la que nominalmente pertenece mucha gente, pero a la que en realidad nadie toma en serio, ni determina la vida y las costumbres de la vida de los ciudadanos. La Iglesia cansada, de mera apariencia, sin presencia real en la vida y en la sociedad, esa Iglesia asoma su imagen amenazante y, por otra parte, una Iglesia de meras costumbres que no sirve para mucho.

No sabemos si esto va a suceder. O incluso si puede suceder. En cualquier caso, hay un hecho que ya pocos son los que lo ponen en duda. Se trata de la distancia enorme que cualquiera advierte entre lo que fue la vida de Jesús de Nazaret y lo que es la vida de la Igle-

sia. Un escritor bien conocido, Soren Kierkegaard, decía en 1855: “el juicio de Cristo debería ser decisivo, no importa lo inoportuno que resulte para el gremio de los estafadores clericales que se han apoderado de la marca “Jesucristo” y bajo el nombre de “Cristianismo” han hecho negocios brillantes”. Esto no es literatura barata. Esto está ocurriendo. Y lo peor de todo es que, al menos en Europa, este estado de cosas va de mal en peor.

Es verdad que con el nuevo Papa que tenemos, el papa Francisco, están renaciendo esperanzas que se creían muertas para siempre. ¿Será capaz este hombre de devolvernos las esperanzas perdidas? Nadie lo sabe ahora mismo. A lo mejor, cuando este libro salga de la imprenta, el papa Francisco ha tomado decisiones importantes, que serían el paso de las palabras y de los hechos simbólicos a las decisiones operativas. Puede ser. Es más, seguramente será así. Pero quienes tuvimos la suerte de vivir los años del concilio Vaticano II nos pensábamos que aquello le había dado el cambio decisivo a la Iglesia. Sin embargo, ya lo estamos viendo, ha bastado un solo Papa (con su largo papado) para que del Vaticano II queden los documentos que se citan cuando interesa. La Iglesia se atascó en los años de la Ilustración. O sea, hace más de doscientos años. Y doscientos años lleva de retraso en relación a la cultura y al tipo de sociedad en que vivimos. De forma que, ni lo que dice, ni lo que hace, sirve para que este mundo tan corrupto y tan canalla modifique la economía y la organización de las instituciones políticas, ni para que unos cuantos ricos dejen de acumular millones, al tiempo que cientos de miles de seres humanos inocentes y desvalidos se mueren de hambre y de miseria.

Así las cosas, lo más preocupante del asunto es que, a veces, se tiene la impresión de que esto no tiene remedio. *Ya nos hemos convencido y estamos resignados: la religión no da más de sí. En la Iglesia hay buenas personas, hay obispos santos y curas ejemplares, hay laicos y laicas que soportan lo indecible y tienen esperanza en la otra vida. Pero con eso nada más no se arregla este mundo. Todo*

NECESITAMOS “OTRA IGLESIA”

eso no sirve para más. Las religiones sirven –eso sí– para dividir y enfrentar a la gente, a los pueblos, a los grupos humanos. Crean violencia, a veces, mucha violencia. O justifican y “legitiman” a los violentos, a los tiranos, y a los que, con guante blanco y corbata de marca, nos están robando nuestro dinero, nuestros derechos y nuestra dignidad.

De ahí, la gran pregunta: ¿tiene remedio esta Iglesia? Lo cual nos lleva a otra cuestión más complicada: ¿de dónde y cuándo arrancan los problemas que arrastra esta Iglesia? ¿Es posible encontrar la raíz del problema?

MATEO 16, 13-23

Al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre?” Ellos contestaron: “Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas”. Él les preguntó: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Simón Pedro tomó la palabra y dijo: “Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo”. Jesús le respondió: “¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos”. Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.

Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén y padecer mucho allí por parte de los senadores, sumos sacerdotes y letrados, y que tenía que ser ejecutado y resucitar al tercer día. Pedro se lo llevó aparte y se puso a increparlo: “¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte”. Jesús se volvió y dijo a Pedro: “Aléjate de mí, Satanás. Eres para mí un escándalo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios”.

Aclaraciones

Aquí tenemos dos episodios, relacionados el uno con el otro, colocados por el evangelio de Mateo así, unidos intencionadamente o mejor, según lo que los expertos en lenguaje más técnico llaman “*quíásticamente*”. Para destacar que la enseñanza del segundo relato no se puede comprender nada más que teniendo en cuenta la enseñanza del primero. Y también al revés: lo que se dice en el primer episodio no se puede comprender si no se tiene presente lo que se dice en el segundo.

Intentemos explicar esto con más claridad. Por supuesto, aquí no se va a discutir si Jesús instituyó o no instituyó a Pedro como Sumo Pontífice de la Iglesia con los poderes y dignidades que hoy se le atribuyen al Papa. Cada día se discute más entre los especialistas si Jesús instituyó o no instituyó el papado tal y como funciona hoy. Y no es casual que el Papa actual, el papa Francisco, el día que fue elegido y apareció en público, en el gran balcón de la fachada de la basílica de san Pedro, de Roma, se presentó, no como “*Papa universal*”, sino como “*obispo de Roma*”.

En todo caso –y lo que no admite duda–, es que el evangelio de Mateo quiso expresamente mencionar a la “*Iglesia*” (la única vez que se menciona en los cuatro evangelios) precisamente en la unión de dos relatos, en los que se juntan *el mayor elogio de Pedro* (“*tú eres la “Roca”*”) y *el mayor rechazo de Pedro* (“*tú eres “Satanás”*”). Así vio el evangelio de Mateo el tema de la Iglesia y el tema de Pedro. ¿Es esto una profecía que le salió a Mateo sin saber cómo y sin saber por qué? No parece que semejante cosa se pueda demostrar. ¿Entonces? ¿Qué se nos dice aquí? Seguramente, lo que aquí se nos dice a los cristianos es más profundo. Y a todos nos interesa desentrañarlo.

¿A qué nos referimos aquí? Lo más seguro es que muchos cristianos ni se imaginan *cómo nació la Iglesia*. Hay que explicar este punto capital.

NECESITAMOS “OTRA IGLESIA”

Jesús murió hacia el año 35 del siglo primero. Los escritos del Nuevo Testamento más antiguos, que han llegado hasta nosotros y que mencionan a la “*ekklesía*” (la Iglesia), son las cartas del apóstol Pablo. Estas cartas se escribieron entre los años 49 y el 55, o sea unos quince o veinte años después de la muerte de Jesús. Hay que tener en cuenta que Pablo no menciona a la “Iglesia” como un proyecto (algo que él quiere fundar), sino que habla de la “Iglesia” como un hecho que ya existía (cuando se escribieron las cartas de Pablo), y que llevaba tiempo existiendo. Sin embargo, los evangelios, en su redacción definitiva (la que nosotros manejamos y leemos ahora), se publicaron después del año 70. Una publicación que fue lenta, ya que duró casi treinta años. Baste pensar que el evangelio de Juan no se conoció hasta los últimos años del siglo primero. Estos datos hoy se dan por seguros, fuera de puntos muy concretos o quizá en casos más bien raros.

Por tanto, nos encontramos con este hecho sorprendente: *el cristianismo empezó a funcionar y se extendió por el Imperio Romano de forma que se organizaron las “iglesias” bastantes años antes de conocerse los “evangelios”*. Lo cual quiere decir que *la Iglesia nació y se organizó, no por la memoria y la fidelidad al seguimiento del Jesús terreno del Evangelio, sino por la fe y la esperanza en el Cristo glorioso y Resucitado del cielo*. Tal y como se sucedieron los hechos, las cosas no pudieron pasar de otra manera. Pero, como es lógico, esto tuvo entonces –y sigue teniendo ahora– unas consecuencias que seguramente ni imaginamos.

Para comprender estas consecuencias, lo primero que se ha de tener en cuenta es que el fundador y organizador de las “iglesias” (en las ciudades por donde iba pasando y evangelizando) fue el apóstol Pablo. Ahora bien, Pablo no conoció a Jesús, ni conoció el Evangelio de Jesús, por tanto, no conoció la “Buena Noticia” de Jesús. Ni conoció el Evangelio del Reino que anunció Jesús. ¿Por qué decimos estas cosas? ¿En qué nos basamos para hacer afirmaciones tan fuertes?

A Pablo “se le apareció” el Resucitado. Lo repite el mismo Pablo varias veces (Gal 1. 11-16; 1 Cor 9, 1; 15, 8; 2 Cor 4, 6). Y Lucas, en el libro de los Hechos, relata detalladamente (también varias veces) cómo ocurrió esta aparición del Resucitado a Pablo (Hech 9, 1-19; 22, 3-21; 26, 9-18). Como es lógico, el hecho de que Pablo –y su colaborador más cercano, Lucas– repitan tantas veces esta aparición, nos está diciendo la importancia que el mismo Pablo le daba al singular acontecimiento de haber vivido la aparición del Resucitado. Y téngase en cuenta que, lo mismo Pablo que Lucas, relatan lo que allí ocurrió de forma que los dos pretenden dejar claro que a Pablo se le manifestó “un ser superior, no terreno, sino de ámbito divino”.

Pero hay algo más fuerte en todo este asunto. No se trata solo de que Pablo conociera únicamente al Cristo Resucitado y, por consiguiente, no conoció al Jesús que vivió en esta tierra nuestra y compartió nuestros sufrimientos y esperanzas, ni tuvo, por tanto, la debida información del Jesús humano y su profunda humanidad. Lo más grave de todo es que Pablo no mostró interés por informarse de la vida terrena de Jesús. El propio Pablo dejó dicho que, después de la revelación que Dios le hizo del Cristo Glorioso, Resucitado y Celestial, *“inmediatamente, sin consultar a persona mortal alguna ni subir tampoco a Jerusalén, a ver a los apóstoles anteriores a mí, me fui a Arabia, de donde volví de nuevo a Damasco”* (Gal 1, 16-17). A su vuelta de Arabia y Damasco, sabemos (por el mismo Pablo) que subió a Jerusalén donde estuvo unos días con Pedro (Gal 1, 21; 2, 1). ¿De qué hablaron? Nadie lo sabe. En todo caso, Pablo no le debió dar importancia a esta corta convivencia con Pedro (sin ver a ningún otro apóstol de Jesús) porque el mismo Pablo ni hace mención de ello. El hecho es que, de Jerusalén, se fue a Siria y Cilicia, y de allí terminó quedándose en Antioquía (Gal 2, 11), desde donde empezó a organizar sus viajes apostólicos por el Imperio.

La cuestión más peliaguda y capital que se nos plantea en lo que se acaba de relatar es esta: se suele hablar, con demasiada fa-

cilidad, de *la conversión de Pablo*. Pero, ¿*realmente se convirtió?* Hay que hacerse esta pregunta –inesperada e incómoda– porque el mismo Pablo nos obliga a hacerla. ¿Por qué? Porque *Pablo no dice en ninguna parte que él se convirtiera de las promesas hechas al Dios de Abrahán. Como tampoco dice que su fe se haya desplazado del Dios de Abrahán (Gal 3, 16-21; Rom 4, 9-25) a la fe en Jesús y en el Dios que se nos dio a conocer en Jesús (Jn 1, 18; 14, 8-11)*. La idea que tenía Pablo del Dios de Abrahán era que su Hijo, *el Cristo Resucitado es el Mesías de Israel*, que él (Pablo) tenía que anunciar a los gentiles (Gal 1, 16-16). Y ésta, ni más ni menos, es la tarea que Pablo se propuso realizar. La misión que vio que tenía que cumplir en este mundo. Y la misión, por tanto, que Pablo vio que debía transmitir a las “iglesias” o asambleas que él iba organizando por las ciudades por las que pasaba. Pero lo más importante es dejar claro que *Pablo siguió siendo un fiel israelita y un esperanzado creyente en el Mesías que esperaban y deseaban los judíos. Pero en ningún texto del Nuevo Testamento se dice que Pablo fuera (o enseñara a algunos de sus cristianos) a ser fieles “seguidores de Jesús”*. Esto se puede decir, no solo porque Pablo no habla nunca del “seguimiento de Jesús”, sino sobre todo porque el pensamiento de Pablo, en cuanto a la “conversión” del judaísmo al cristianismo, es ambiguo. Es más, algunos estudiosos han mantenido que no es apropiado hablar de “conversión” respecto a la incorporación de judíos a la Iglesia. A diferencia de los gentiles no se les exige a los judíos volverse a otro Dios (cf. 1 Tes 1, 9; 1 Cor 6, 9-11; 12, 2). Pablo no exhorta a los judíos a dejar la obediencia a la Ley (cf. Gal 6, 15; 1 Cor 7, 19; Rom 14, 1-6). Pablo puede incluso describir su propia vida como la de un judío (1 Cor 9, 20) (cf. E. P. Sanders).

Así las cosas, a la Iglesia se le plantean tres cuestiones muy graves, que, si no se aclaran y se sitúan correctamente, esta Iglesia no tiene arreglo. Tales cuestiones son las siguientes.

1. Aunque es verdad que, *en la Liturgia* de la misa, se le da más importancia a la proclamación del evangelio que a la lectura de las cartas apostólicas, no es menos cierto que *en la Teología* católica, es más determinante el pensamiento de Pablo que el ejemplo de Jesús. El armazón de la teología católica y la estructura del pensamiento que enseña esa teología, todo eso está montado mucho más a partir de las grandes ideas de Pablo (Dios, creación, pecado, redención, gracia, salvación, fe, justificación, orden sobrenatural, resurrección, vida eterna...) que desde el ejemplo de la vida bondadosa que llevó Jesús. En la Iglesia se castiga con más severidad a un cura que *dice* algo contrario a *las ideas de Pablo* que a ese mismo cura si *hace* justamente lo contrario de *lo que vivió Jesús*. Es evidente que mientras las cosas estén así en la Iglesia, esta Iglesia no tiene arreglo, por muy bueno que sea el Papa que la gobierna; y por más ejemplares que sean determinados obispos, algunos curas y frailes, bastantes monjas y cantidad de sencillos y desconocidos cristianos laicos.

2. *A Pablo no le interesó, ni le pudo interesar, casi nada de lo que vivió el Jesús que pasó por este mundo*. Esto fue así –tuvo que ser así– por la sencilla razón de que *Pablo no conoció a Jesús*. Lo que *Pablo conoció fue el Mesías Glorificado*, que fue el que se le apareció en el camino de Damasco. El conocimiento de Jesús “*meramente humano*”, el conocimiento de Jesús “no basado en la fe”, a Pablo no le interesó (2 Cor 5, 16). Por supuesto, a Pablo le interesó la muerte de Cristo, “*el Crucificado*” (1 Cor 1, 23). Hasta el punto de que llegó a decir que no quería conocer sino a Jesucristo como el Crucificado (1 Cor 2, 2). Pero es sorprendente que jamás se pregunta, en sus escritos, quién lo crucificó, por qué lo crucificaron, qué hizo para terminar así sus días, qué responsabilidad tuvieron en aquella sentencia mortal las autoridades religiosas y políticas.

Sin duda, Pablo andaba lejos de estas preguntas y sus posibles respuestas. Por eso, como bien ha dicho un conocido entendido en estas cosas, Jürgen Becker, en las cartas de Pablo y cuando se refiere a Jesús, desaparecen las aldeas de Galilea, el lago de Gensaret, y Jerusalén con el templo y los sacerdotes. Jesús no habla como maestro ni realiza prodigios. No es bautizado por Juan y no llama a sus discípulos para que le sigan. No hay sinagogas ni pascua, fariseos ni adversarios, Herodes ni Pilatos. Jesús carece de “biografía”, no forma parte de un determinado entorno palestino; solo cuenta la voluntad de Dios en la historia de la salvación, su aparición “cuando se había cumplido el tiempo” (Gal 4, 4), la estructura fundamental de la vida de Jesús como vida para los hombres, la carga soportada por aquel que no tenía pecado y la carga aliviada a los que lloran bajo su pecado, sus miserias y limitaciones, sus carencias, enfermedades y angustias. Por todo esto, las comunidades que iba fundando Pablo no tenían que recordar ni actualizar las palabras y los hechos de Jesús, sino ejercitarse en ser crucificadas con Cristo. ¿Qué podían entender aquellos primeros cristianos al oír esto? Ni nosotros lo sabemos, ni probablemente ellos tampoco.

Y es que Pablo no fue sino un buen judío, religiosamente hablando. Un judío profundamente religioso, y quizá hasta fanático, que vio en Jesús al Mesías (Cristo) Glorioso, Exaltado, Resucitado, constituido Hijo del Dios de Abrahán. Por eso Pablo nunca distinguió entre la autoridad del Cristo exaltado (1 Tes 4, 15-17) y la del Cristo terreno (1 Cor 7, 10 s; 9, 14). Para Pablo, el “terreno” y el “exaltado” son una misma persona. Por eso Pablo no concede especial importancia –en muchos datos y muy fundamentales, ninguna importancia– a lo que fue y nos dejó, *como revelación de Dios para nuestras vidas*, el paso de Jesús por esta tierra.

Como es lógico, de un hombre así y de un pensamiento así elaborado, *no pudo nacer una Cristología (enseñanza sobre Jesús*

el Cristo) completa. Es decir, la Cristología de Pablo es inevitablemente incompleta. Se trata de una Cristología manca, que no puede llevar al conocimiento y a la experiencia cabal y coherente por completo con Jesús.

Por eso ha habido grandes estudiosos (E. Schweizer, R. Martin, J. Marcus) de todo este asunto (tan fundamental) que han dedicado su tiempo y sus trabajos a investigar si lo que pretendió Marcos fue *completar con su evangelio (al que siguieron luego los otros evangelios) el “vacío” que Pablo había dejado en sus “iglesias”, al fundarlas y organizarlas como asambleas de fieles obedientes al Mesías Resucitado y Glorioso, que, mediante su muerte –de “Cristo Crucificado y Resucitado”– nos había salvado del pecado.* Pero, como es lógico, Marcos se dio cuenta de que, al organizar una Iglesia así, en realidad lo que se estaba poniendo en marcha era una especie de “nueva sinagoga”. La sinagoga que vivía en el convencimiento de que el Mesías esperado ya había venido. Y ahora lo que la Iglesia tenía que hacer era, viéndose liberada de la Ley y cimentada en la Fe, esperar la plenitud de la Salvación junto al Mesías Glorificado.

Todo esto tuvo que producir en Marcos miedo y hasta desesperación. Cosa que se confirmaría con fuerza si tenemos en cuenta que, según el libro de los Hechos, Marcos tuvo un enfrentamiento muy serio con Pablo (Hech 13, 13; 15, 36-41; cf. Col 4, 10), si es que el Marcos del que se habla en los Hechos fue efectivamente el autor del evangelio, cosa que se discute entre los estudiosos del tema. Pero, sea lo que sea de este punto concreto, lo que está fuera de duda es que el evangelio de Marcos (y los que vinieron después hasta el de Juan) seguramente vieron un peligro importante en el hecho de que la Iglesia estuviera fundada y organizada (por Pablo) sin tener en cuenta la historia de Jesús, que vence al viento y a las olas, y que viene al lugar donde se encuentran sus discípulos caminando sobre el mar tormentoso de la muerte

(Mc 6, 45-52). Para ello, *Marcos pide de nuevo a sus lectores que mantengan vivo el recuerdo de lo que fue la vida, la historia y las enseñanzas de Jesús*. Este inmenso vacío, que no cubrió Pablo, fue parte esencial de la enorme tarea que se propusieron llevar a cabo los evangelios.

3. Pero sería un error no tener presente que, si es cierto como se acaba de explicar, que, en la información que nos ha llegado sobre Pablo, hay un vacío importante sobre Jesús, no es menos verdad que, en los escritos de Pablo, al *vacío sobre Jesús* le acompaña otro vacío –consecuente con el anterior y no menos importante– el *vacío sobre la Iglesia*. Pero, ¡atención! Al decir esto, no se trata ni de insinuar que Pablo no tiene en cuenta a la Iglesia, ni se interesó por organizar las “iglesias” en las ciudades que él mismo evangelizaba. No es eso. *El problema está en que Pablo, al fundar y organizar las “asambleas”, no tuvo presente –ni lo pudo tener, puesto que lo ignoraba– el modo de proceder de Jesús*. Repitamos, una vez más, que cuando Pablo (en los años 40 del siglo primero) empezó a fundar la “*ekklesía*”, en cada ciudad que visitaba, no se conocía el Evangelio. Y todavía faltaban bastantes años para conocer el primer evangelio que, en su redacción definitiva, se difundió.

El evangelio de Marcos se conoció seguramente después del año 70. En ese tiempo, las “iglesias”, que había organizado Pablo, tenían ya bastantes años de vida y los usos y costumbres de estas “iglesias” estaban ya bien asimilados.

Ahora bien, ¿qué tipo y qué modelo de organización aplicó Pablo a la organización de sus “comunidades” o “iglesias” (“*ekklesiái*”)? Dado que Pablo ni conoció, ni pudo conocer, a Jesús, tampoco pudo conocer cómo gestionó Jesús la comunidad de discípulos que le siguieron hasta pocas horas antes de su muerte. Por eso, ni supo, ni se interesó por saber, los criterios de gobierno que practicó Jesús. ¿Cómo organizó, entonces, Pablo sus “iglesias”?

Muy sencillo. *Pablo organizó sus “iglesias” según un modelo “doméstico”, es decir, eran “iglesias” que se formaban y reunían en torno a “casas” o familias.* Por eso cuando Pablo dice, y repite, “*la iglesia en casa de*” Aquila y Priscila, en Efeso (1 Cor 16, 19), Prisca y Aquila (Rom 16, 5), Esteban (1 Cor 1, 16), Filemón (2), Ninfa, en Laodicea (Col 4, 15) se refiere al modelo organizativo de las “iglesias” que él iba fundando y dejando organizadas en cada ciudad. Como bien se ha dicho, la casa era la estructura básica de la sociedad en la que el cristianismo nació y se desarrolló (R. Aguirre). Por tanto, se trataba de “iglesias” (asambleas) asociadas a una casa, a una familia y establecidas en dicha familia. Por eso no es de extrañar que, en el Nuevo Testamento, se nos habla de la conversión de casas enteras (Jn 4, 53; Hech 11, 14; 16, 15. 31-34; 1 Cor 1, 16; Hech 18, 8). Sin duda alguna, así es como empezó a vivir la Iglesia naciente: vinculada a una casa, a una familia y a todo lo que suponía y llevaba consigo la casa y la familia en la sociedad romana del siglo primero.

Es verdad que el cristianismo primitivo se diferenciaba netamente de las religiones ya establecidas en Roma. El cristianismo estaba vinculado a casas o familias. Pero no era un mero culto doméstico. Porque cada “iglesia” se sentía relacionada y unida a otras “iglesias” de la misma ciudad o de otras ciudades. Es decir, superaba el marco meramente local.

Pero no sería exacto afirmar –a partir de lo dicho– que el cristianismo comenzó afirmándose socialmente en un espacio “no sagrado”, sino de la “vida cotidiana”, tal como nosotros entendemos hoy esta expresión. Semejante afirmación supondría no tener en cuenta lo que era y lo que representaba la religión precisamente en relación a la casa y a la familia en la cultura del siglo primero. Uno de los grandes especialistas en el estudio de la religión romana, Robert Tourcan, empieza su estudio sobre “*Roma y sus dioses*” diciendo: “Nada hay más propiamente romano que el culto

doméstico”. De lo que se deduce una consecuencia capital: “La casa del romano era como un templo y el *pater-familias* era en ella el sumo sacerdote. Su persona era sagrada”. De tal manera que cada parte de la casa estaba, por así decirlo, “deificada” (Servius, *Aen.*, 2, 469). Así era como estaba organizada la religión de los romanos. La casa romana era, por tanto, como un templo. Es más, no solo estaba “deificada”, sino sobre todo “ritualizada”, según nos informa Plinio el Viejo (28, 27).

Esto supuesto, hay que centrar la atención en *los dos temas* fundamentales que nos indican cómo Pablo organizó las “iglesias” nacientes. Estos dos temas son el ejercicio de la *autoridad* y la observancia de los *ritos*.

En cuanto a *la práctica de la autoridad*, será bueno recordar que, según el Derecho romano, la familia estaba representada por su cabeza, el *pater-familias*, en el que se concentraba además toda la propiedad familiar. Todos sus descendientes en la línea paterna estaban bajo su poder. Un hijo no dejaría de estar bajo el poder de su padre hasta que llegase a adulto e incluso, hasta que no muriese el padre, no podría tener propiedades por sí mismo (Peter G, Stein). Esto ya nos indica que el ejercicio de la autoridad se entendía y se practicaba, en la sociedad romana, según una estructura vertical y se ejercía de forma totalitaria, ya que el “padre” era prácticamente el dueño de la mujer, de los hijos y de los esclavos.

Por supuesto, Pablo se esforzó por suavizar esta práctica violenta en el modo de ejercer la autoridad. Con razón se ha dicho que se puede describir la autoridad de Pablo en sus “iglesias” o “asambleas”, como una “autoridad carismática”. Lo que, efectivamente, suavizaba el ejercicio del poder. Pero, al mismo tiempo, le daba una consistencia intocable. Porque Pablo lo presentaba como un poder y una autoridad que no estaban al alcance de cualquiera. Era una autoridad de origen divino. Pablo entendía su autoridad como derivada del hecho de que él era “apóstol” (1 Tes 2, 6; Gal

1, 1; 1 Cor, 1, 1; 9, 1-2; Rom 1, 1; 11, 13). Pero, al denominarse “apóstol”, Pablo se situaba al mismo nivel de las más altas autoridades de la Iglesia (1 Cor 12, 28; 15, 9-11; 2 Cor 11, 5). Sobre todo porque esta categoría de “apóstol” se veía como consecuencia de un mandato recibido del Señor resucitado (1 Cor 15, 8-9). Más alto no se podía subir. Tan alto que, cuando Pablo hablaba, enseñaba o decidía es como si Dios mismo hablara (1 Tes 2, 2-4. 13; 4, 15; 1 Cor 14, 37; 2 Cor 5, 18-20). Algo que Pablo veía tan claro, que quien negaba el evangelio de Pablo, rechazaba a Dios (1 Tes 4, 8; Gal 1, 8).

De ahí, las relaciones de sumisión y dependencia que Pablo implantó en sus “iglesias”, en las relaciones que los fieles habían de mantener respecto a sus líderes. Seguramente, donde más claramente se ve esta relación de “sumisión” (en obediencia a los dirigentes) es en 1 Cor 16, 15-18, en donde la orden de Pablo: “*someteos*” (1 Cor 16, 15) a Estéfanos, el dueño y dirigente de la casa donde se reunía la “asamblea”, es el reconocimiento y la santificación de la dependencia, que, en último término, era sumisión al mismo Pablo. Es evidente, para quien lea y relea los evangelios, que este no era el estilo ni la forma de proceder de Jesús. Y aquí es de suma importancia recordar que la enseñanza de Pablo, en sus cartas primeras, se refuerza en las cartas de la segunda generación, Colosenses y Efesios. En estas cartas, lo que se les impone a los cristianos son los llamados “códigos familiares”. Es decir, se les aplica, a los líderes de la Iglesia, el poder y el dominio del “marido-padre-amor”, que regía en las familias y en las casas donde se reunía cada “*ekklesía*”. Esto es lo que queda patente en Col 3, 18-4, 1 y Ef 5, 21-6, 9. Así, la mujer quedó marginada en la Iglesia y sometida a los únicos que podían (y pueden) dirigirla, los hombres, los padres y patriarcas. Y, por supuesto, la comunidad de los fieles laicos se quedó sin palabra y sin capacidad de decisión.

A partir de los años 70, se terminaron de perfilar los evangelios y se conoció la relación que Jesús mantuvo con sus “discípulos”

(Mt 10, 1 par), sus “amigos” (Jn 15, 14-16), sus “hermanos” (Jn 20, 17), entre los que estaban precisamente las mujeres (Lc 8, 1-3; Mc 15, 40-41) como primeros testigos (Mt 28, 1-10 par; Lc 24, 22-23; Jn 20, 1-2. 11-18) del Crucificado y el Resucitado. Pero, es claro que estos relatos y recuerdos llegaron a unas “asambleas” cuando llevaban ya bastantes años aceptando y viviendo otra cosa, otro modelo de Iglesia; el modelo que terminó por imponerse como el único e intocable, establecido por Dios.

Con razón Gerhard Lohfink, uno de los más recientes y mejor documentados estudiosos del Nuevo Testamento, ha dicho; “el problema no es si Jesús fundó la Iglesia, sino si la Iglesia está fundada en Jesús”.

A mí me parece que no y me temo que, como no nos demos prisa para resolver este problema, ya podemos poner papas ejemplares y organizar curias vaticanas transparentes. Mientras la autoridad eclesial no se ejerza como la ejerció Jesús con sus amigos y hermanos, la Iglesia no tiene arreglo.

La *observancia de ritos y rituales religiosos*, en las “iglesias” fundadas y dirigidas por Pablo, es algo que está fuera de duda. Incluso autores paganos de aquel tiempo, como es el caso de Tácito y Suetonio, que dejaron algunos datos sueltos sobre las primeras comunidades cristianas, hablan de la “superstición” de aquellos cristianos. Y se sabe que este término se utilizaba para hablar de ciertos “rituales” y de algunas formas de “religión”.

Las reuniones (seguramente semanales), que celebraba cada “*ekklesía*” (1 Cor 11 y 14), se mantenían practicando ciertos “ritos”: “Cuando os reunís –les dice Pablo a los cristianos de Corinto–, cada cual aporta algo: un salmo, una enseñanza, una revelación, hablar en lenguas o interpretarlas” (1 Cor 14, 26). Por lo demás, los historiadores de la liturgia están de acuerdo en que las primeras reuniones cristianas influyeron desde el principio en la

“ritualización” de la lectura de la Biblia, seguramente imitando, en este punto, lo que se solía hacer en las sinagogas judías.

No es cuestión aquí de analizar los “rituales” de las primeras “asambleas” que controlaba Pablo. Pero baste recordar lo que representaba el Bautismo y la celebración de la Cena del Señor. El hecho de que el Bautismo se pueda entender como una sepultura simbólica con Cristo (Rom 6, 4; Col 2, 12), sugiere que aquello se celebraba como un sumergir en agua, y sacar de ella, al que era bautizado. Un ritual bastante más complicado que el que ahora se celebra en nuestras parroquias. En cuanto a la Cena del Señor, Pablo no hace más que dos referencias, en 1 Cor 11, 17-34 y 10, 14-22. Es claro que el relato de la institución de la eucaristía, tal como Pablo lo recoge y lo repite, con el mandato “haced esto en memoria mía” (1 Cor 11, 24 s), muestra que la tradición paulina entiende la celebración como una ceremonia ritual.

Esto, ya en sí, es importante. Pero hay algo más determinante, que ha sido muy bien comprendido y explicado por una notable especialista en estas cuestiones, Margaret Y. Macdonald, que ha tenido el talento y la libertad de recoger y responder a la pregunta de W. A. Meeks: “¿dónde creían los miembros de la secta paulina que se encontraba lo sagrado?” Lo encontraban en la “*ekklesía*”, es decir, en la “asamblea” misma, en la comunidad que se reunía en una casa, en una familia. Según 1 Cor 14, 23-25, cuando toda la comunidad se reunía, era posible que los de fuera, que asistían a la ceremonia ritual, pudieran llegar a convertirse. Podrían reconocer la presencia de un poder proclamando el señorío de alguien distinto a ellos, reconociendo que Dios está verdaderamente presente en la reunión de la “*ekklesía*” (1 Cor 14, 25). Esto mismo, dicho con otras palabras, viene a indicar que los rituales de los cristianos, que reunía Pablo, eran el centro mismo de la construcción de la comunidad. *Nada menos que esa importancia tenían los ritos religiosos en las “iglesias” de Pablo.*

NECESITAMOS “OTRA IGLESIA”

Cuando bastantes años más tarde se difundió el evangelio de Marcos, sin más remedio tuvo que sorprender el hecho de que ese evangelio es un escrito, un extenso relato o recopilación de relatos, en los que “lo ritual” y “lo sagrado”, no solo no tuvieron ni presencia ni importancia para Jesús, sino algo que es mucho más chocante, a saber: *la vida de Jesús fue un constante enfrentamiento con “lo ritual” y con “lo sagrado”, con los observantes de leyes, normas, ceremonias y actos religiosos.* De ahí, los incesantes conflictos con fariseos y letrados y, sobre todo, el rechazo del templo y el rechazo mortal que Jesús recibió de los “hombres de la religión”, los sumos sacerdotes, que no dudaron en condenarlo a la muerte más violenta y humillante que había en el Imperio Romano.

La gente que lee los evangelios no suele pararse a pensar que en ellos jamás se menciona que Jesús organizara “actos religiosos” o “asambleas de culto sagrado”. Eso jamás. Jesús andaba por los caminos, las aldeas, los pueblos, iba a casa de los enfermos, se le veía en las sinagogas, en las que nunca aparece rezando, sino hablando a la gente. Y con frecuencia, hablando de manera que irritaba a los oyentes, escandalizaba a los observantes, suscitaba la admiración o el enfado. En cualquier caso, no dejaba indiferentes a quienes le escuchaban. Aliviaba sufrimientos, acogía a los que nadie quería, hablaba de Dios como un Padre que ama a todos, acoge a todos, no rechaza nunca a nadie.

Jesús no toleró que, entre sus discípulos y apóstoles, alguien intentase situarse por encima de los demás y, menos aún, someter a los otros. Ese tipo de conductas le resultaban insoportables a Jesús. ¿Él pretendió fundar una religión nueva? ¿Quiso fundar una Iglesia? Seguramente, ni lo uno ni lo otro. Por lo menos, en los evangelios no aparece clara ninguna de esas dos cosas. *Lo que no admite duda es que Jesús centró su religiosidad en una forma de conducta que se concentra en la bondad. Una bondad tan universal y tan generosa, que, para ser fiel a ella, se hace in-*

dispensable la relación más sincera y más sencilla posible con el Padre del Cielo.

Así las cosas, hay que preguntarse: ¿de dónde se sacó el apóstol Pablo el modelo de *ekklesía* que puso en práctica? No lo sacó del Evangelio de Jesús, puesto que eso era desconocido para él. ¿Entonces, de dónde? Sin duda, en buena parte de sus tradiciones judías, asimiladas en la sinagoga. Y también, en gran parte, de la cultura en que nació y vivió, la cultura del Imperio de Roma. Su forma de entender y practicar *la autoridad*; y *los rituales* que impuso a la “religión doméstica” con la que funcionaban las “iglesias” que iba fundando, todo eso estaba inspirado en lo que era, ante todo, la religión de aquel inmenso imperio: la “religión de la familia y del terror”. Una religión marcada por la autoridad y el dominio del “*pater-familias*”. Y una religión minuciosamente preocupada por la observancia de los ritos, que eran ante todo ritos domésticos de la mañana a la noche.

Por supuesto, todo esto se hacía, no con la fe puesta en Júpiter o cualquier otro de los muchos dioses que llenaban calles y plazas, sino centrandó todo en Cristo crucificado. Pero aquí se advierte una de las muchas y quizá la más notable de todas las genialidades de Pablo, que consiguió que se adorase como un Dios lo más opuesto que había a Dios en aquella cultura: la figura repugnante de un subversivo crucificado.

Pablo hizo, de un “delito” legal, un “ritual” religioso, nada menos que “el sacrificio del Hijo de Dios al Padre”, el ajuste de cuentas entre Dios y Dios, mediante el cual nosotros, los mortales pecadores, poniendo en ese misterio nuestra fe, estamos salvados.

El problema que hoy tenemos los cristianos entraña, entre otras cosas, que, tanto *el modo de ejercer el poder del “pater-familias”* como *la observancia de los ritos religiosos*, ambas cosas, se han impuesto con tal fuerza, en la ya larga tradición de muchos siglos, que no es fácil verle a este complicadísimo asunto un arreglo via-

ble. Entre otras razones, porque las dos cosas indicadas, el poder y los ritos, aliándose mutuamente, *han desplazado la ética, sobre todo la ética evangélica.*

Así es. En esta Iglesia que tenemos, hombres dispuestos a ejercer el poder no faltan. Y de rituales que observar, tampoco andamos escasos.

Todo eso, por supuesto, legitimado e impuesto desde dogmas divinos e intocables.

¿Consecuencia? El abandono de los que no quieren pisar una iglesia, el desprecio que otros sienten en lo que se refiere a la religión, la ignorancia de la inmensa mayoría, y el desinterés creciente y alarmante de casi todo el mundo.

¿Qué hay en el fondo de esta situación?

Lo más claro es que no es lo mismo el rito que la ética. Pueden coincidir en la misma persona una observancia ritual exacta y una vida moral vergonzosa. Esto puede coincidir; y coincide, hasta el extremo de que este estado de cosas ya se ve como una situación bastante normal en la Iglesia.

Lo propio del comportamiento básico de un mito religioso (o de una creencia religiosa) *es el rito, no el “ethos”* (la ética) (G. Theissen; B. Lang). Pero lo importante aquí es preguntarse: ¿por qué sucede esto? Los ritos son acciones que, debido a la exactitud de la observancia de las normas (en las que consiste el rito), *tal observancia termina por constituirse en un fin en sí.* Y, desde el momento en que el fin es cumplir el rito en la observancia de sus normas, desde ese mismo momento la conducta moral queda desplazada del centro de la vida del sujeto religioso observante. La observancia del ritual sagrado produce paz en la conciencia del “hombre religioso”. Ahora bien, el que tiene su conciencia en paz, automáticamente se desentiende de otras exigencias a las que ni se les presta atención. Incluso puede suceder (y sucede) que el sujeto

observante, ni cae en la cuenta de los deberes éticos con los que tendría que estar comprometido, pero que en realidad no lo está. Lo que de verdad le compromete en su vida es la observancia de la religión. Por más contradicciones que entrañe su vida.

Por poner un ejemplo concreto y sencillo, ¿puede haber mayor contradicción ritual que jurar poniendo la mano sobre un libro (la Biblia) que prohíbe jurar (Mt 5, 33-37)?

La Iglesia que tenemos, con todas sus observancias, autoridades, ritos y juramentos, no va a ninguna parte, dado el giro que han tomado las nuevas generaciones y el futuro de la cultura, que ya estamos viviendo. No nos queda más solución, ni más esperanza, que el retorno al Evangelio de Jesús. Por el camino, que muchos quieren recuperar con más fuerza, el camino de volver a traer a la gente a los templos, para que asistan a los servicios religiosos, oigan misas, reciban sacramentos, veneren a los santos, sean fieles a las consignas del clero, etc., por el camino de restaurar el catolicismo que tenía vigor hace cincuenta años o más, por ese camino, sin duda alguna, contentaremos a las gentes chapadas a la antigua y a las personas de mentalidad tradicional. Pero estemos seguros de que por ese camino, lo que haremos será alejarnos, cada vez más y más, de la nueva cultura que estamos estrenando.

Habrán miles de jóvenes que, un año sí y otro no, viajarán alegremente a la JMJ, en la que aplaudirán entusiasmados al Papa de turno. Pero eso no será sino una gota de agua en un mar inmenso y agitado en el que se ahogan millones de criaturas indefensas cada año.

Este mundo seguirá siendo una locura de miserias y mentiras. La Iglesia irá por su camino, mientras que la vida, las costumbres, las instituciones, la justicia, los derechos y las esperanzas de los seres humanos seguirán revueltos y en un desorden, y siempre con un futuro bastante inhumano.

NECESITAMOS “OTRA IGLESIA”

PREGUNTAS

1. ¿Te atreves a decir, en muy pocas palabras, dónde y en qué está el problema más grave que tiene que resolver la Iglesia cuanto antes?
2. ¿De dónde arrancan las dificultades que arrastra la Iglesia?
3. ¿Qué aportó el apóstol Pablo a la Iglesia?
4. ¿Qué abusos encuentras en el modo de ejercer la autoridad en la Iglesia?
5. ¿Por qué ocurre, tantas veces, que las personas más observantes de los ritos religiosos no son lo ejemplares que tendrían que ser?
6. ¿Qué es lo más urgente que debería cambiar el papa Francisco en la Iglesia?